

ELEMENTAL, EQUIPO Tekendo



ELEMENTAL, EQUIPO Tekendo



© Tekendo, 2021

Edición y fijación del texto: José Manuel Lechado, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Ilustraciones de cubierta e interior: Luis Doyague, 2021

Diseño de interiores: María Pitironte

ISBN: 978-84-270-4893-5

Depósito legal: B. 13.209-2021

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Liberduplex

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

10

CAPÍTULO 1

De nuevo la aventura...
por sorpresa

18

CAPÍTULO 2

Elemental, querido
Tekendo

28

CAPÍTULO 3

La niebla de Londres

42

CAPÍTULO 4

Un zooloco

48

CAPÍTULO 5

El plano de Holmes

61

CAPÍTULO 6

El código secreto

76

CAPÍTULO 7

Una aventura
maloliente

87

CAPÍTULO 8

La torre de Chelsea

98

CAPÍTULO 9

La puerta secreta

110

CAPÍTULO 10

La Taberna de la Langosta
Infeliz

122

CAPÍTULO 11

Un plan de locos

134

CAPÍTULO 12

El antídoto

146

CAPÍTULO 13

Regreso al futuro a través del
pasado

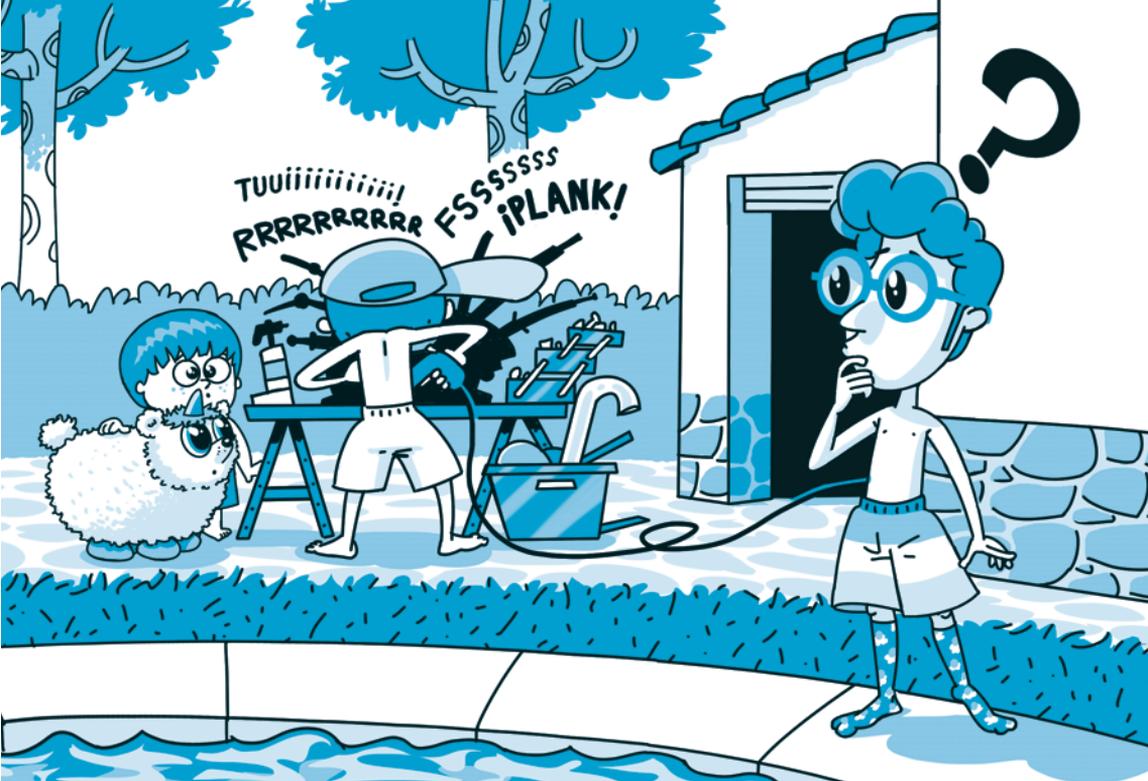
CAPÍTULO 1

DE NUEVO LA AVENTURA... POR SORPRESA

Érase una vez, hace muchos años, en un país muy lejano... Bueno, no, ni muy lejano, ni hace tanto tiempo, ni érase una vez. La aventura que está a punto de empezar ocurre ahora mismo y muy cerca: en casa de Tekendo.

Y todo comienza de la manera más normal posible: con Jorge haciendo un experimento al lado de la piscina. Es un día soleado, todos van en bañador y están tan contentos que ni siquiera piensan en los riesgos que, a menudo, vienen de la mano de los inventos de Jorge. Concretando más, no piensan en ese peligro ni Inés ni Laia, que toman el sol tranquilamente, pero tampoco David ni Marcelo, que aguardan expectantes el resultado.

— **VAIS A VER** —empieza a explicar Jorge poniendo una cara muy seria mientras se ajusta las gafas con el dedo—. Este robot va a ser la bomba.





El que no lo tiene tan claro es Tekendo. Él quería pasar un día de piscina, bañarse y esas cosas. Y de repente ha salido Jorge con una máquina hecha de trozos de hojalata, con forma de arácnido (pero con diez patas en lugar de ocho), una especie de bombillas verde fosforito como ojos y muchas antenas. El aspecto general del invento es de todo menos tranquilizador.

—¿Estás seguro de que no va a pasar nada? —le pregunta Tekendo a su joven primo.

—**¡CORRECTO!** —es la respuesta—. ¿Desde cuándo pasa algo cuando seguimos con cuidado el método científico?

—Pues eso es lo que me preocupa —responde Tekendo—. ¡Que siempre nos pasa algo!

Mientras dice esto, Tekendo se ajusta sus #Tekendogafas. Es un gesto inconsciente, como dando a entender que no se siente muy tranquilo y que quizá sería mejor devolver la araña robótica al lugar del que salió: un montón de chatarra. Por otra parte, no puede negar que siente curiosidad:

—Vale, vale, lo probamos, Jorge. Pero... una cosilla: ¿para qué sirve?

—**¡AH, ESO ES LO MEJOR!** —exclama el genio científico del equipo—. ¡No tengo ni idea! Hasta que no lo ponga en marcha no lo sabremos del todo.

Al decir esto, Jorge se dispone a apretar el botón en el que pone «on» (lo ha reciclado de un televisor viejo). Laia e Inés levantan sus gafas de sol y miran con curiosidad el espectáculo. Marcelo y David no pueden ocultar su entusiasmo y se ponen a dar palmas. David

da palmas, Marcelo no, que no tiene. Y Tekendo... Bueno, alguien tiene que ser el sensato del grupo, ¿no?

—Espera, espera, no lo actives aún. Yo creo que antes habría que asegurarse de...

Demasiado tarde. La pequeña mano de Jorge aprieta el botón y, tras un sonoro clic, el robot arácnido cobra vida de inmediato.

—Se mueve —indica David, muy observador.

—¿Esto es lo que llamáis «robot» en tu mundo? —pregunta Marcelo.

—No, no, «robot», con una sola erre. —Esa es la sorprendente respuesta de David.

—¿Cómo sabes que lo ha pronunciado con dos? —pregunta entonces, con cara de no entender nada, Tekendo.

Pero no va a haber ocasión de desvelar este misterio, porque el robot está empezando a hacer cosas muy raras. Cosas sospechosas y un pelín aterradoras.

—**¿ESO ES NORMAL?** —le pregunta Tekendo a su primo.

Con «eso» se refiere a que el robot arácnido, que hasta ese momento no levantaba dos palmas del suelo, de pronto estira sus diez patas y se hace tan alto como el propio Tekendo. Al mismo tiempo, sus bombillas, u ojos, o lo que sean, se encienden con una luz rojiza y se ponen a escanear, uno tras otro, a todos los presentes. Parece una mala señal, porque, ya se sabe: ¿desde cuándo una luz roja parpadeante es un buen síntoma?

—Esto... —empieza a contestar Jorge—. Lo de las patas y el escaneo sí es normal.

—Ah, estupendo.



—Lo que no es tan normal es eso otro.

Este nuevo «eso» al que se refiere Jorge, señalando con el dedo, es una luz fantasmal que se está formando en torno al robot. Es un resplandor amarillento que poco a poco va ganando intensidad. Lo más extraño de todo es que tiene una forma concreta, como la de un huevo, más o menos, pero gigante, de dos metros en cada dirección. Resulta difícil saber de qué se trata, porque se ve como desenfocado y, de momento, más bien translúcido.

Inés y Laia se acercan al grupo curiosas. Sería mejor tener algo de cautela, pero es que el espectáculo resulta fascinante. La araña tiembla como si estuviera hecha de gelatina, la luz misteriosa brilla cada vez más y no para de cambiar de color. En cuestión de unos instantes, la forma luminosa que envuelve al arácnido va tomando un aspecto cada vez más concreto. Se trata de una especie de artefacto de lo más raro y, además...

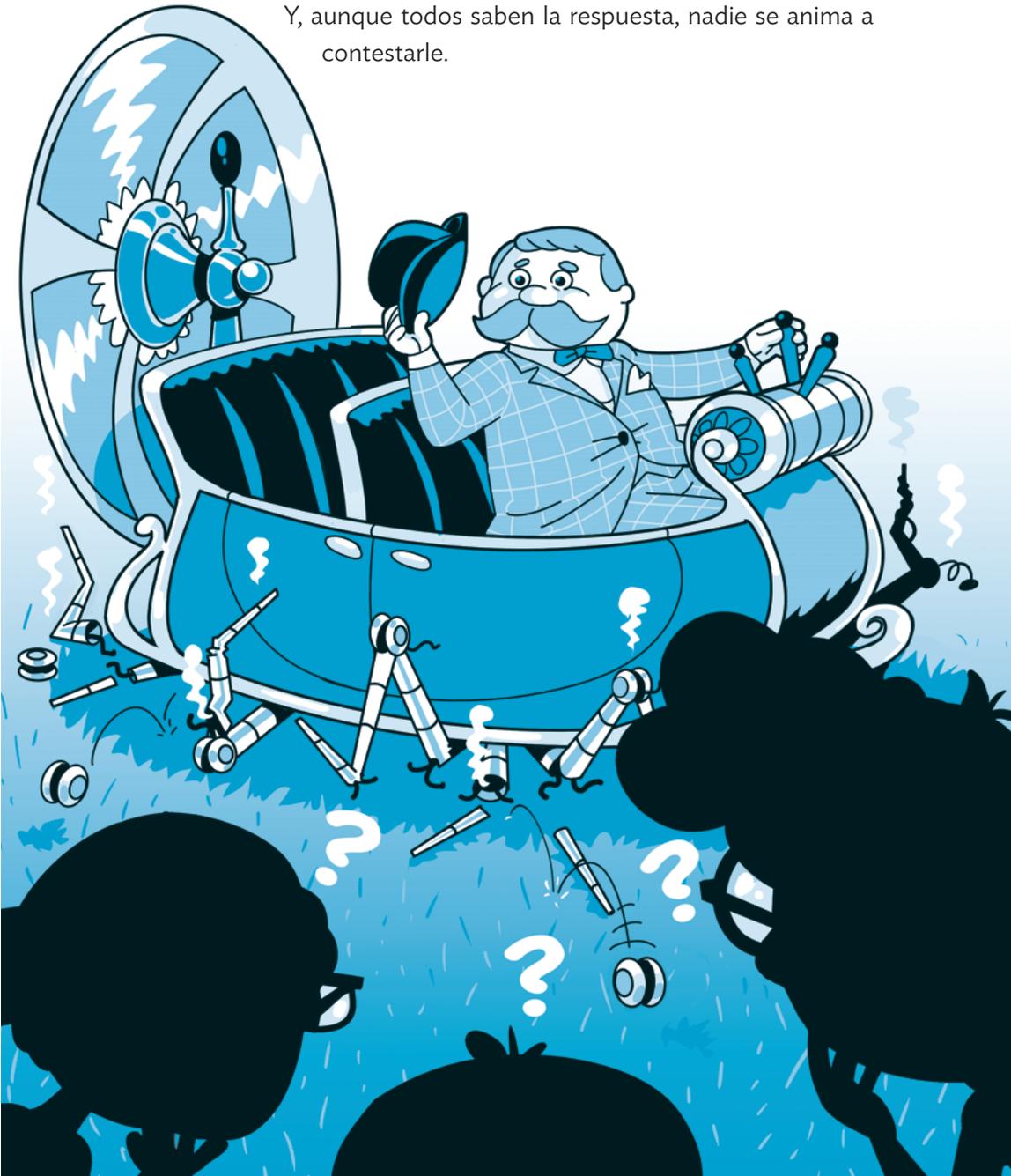
—¿No os parece que ahí hay alguien? —pregunta Tekendo señalando al centro de la aparición.

En efecto, parece que el misterioso objeto lleva con él a un pasajero. Lo que está claro es que, sea lo que sea, no tiene nada que ver con el robot de Jorge. Más que nada porque, de pronto, el resplandor se desvanece, el artefacto se vuelve sólido y la araña, a la que le ha caído encima aquel cacharro, queda aplastada y reducida a un montón de hojalata abollada.

Pero ese detalle ya no le importa a nadie, ni siquiera al propio Jorge. Todos contemplan asombrados la rarísima máquina que ha aparecido de la nada en medio del jardín de la casa de Tekendo. Lo que más llama la atención es su extraño ocupante: un señor vestido con un traje anticuado, con bigotes largos y un sombrero de bombín que los saluda con el más puro acento británico:

—¿EL EQUIPOU TEKENDOU, SUPONGOU?

Y, aunque todos saben la respuesta, nadie se anima a contestarle.



CAPÍTULO 2

ELEMENTAL, QUERIDO TEKENDO

Tekendo mira al recién llegado con cara de estar alucinando. Parece un personaje sacado de una serie de televisión.

—Sí, somos el equipo... Yo soy Tekendo, y estos son... Pero... ¿Quién es usted?

—**¡BUENA PREGUNTA!** Elemental, amigo mío. Soy el doctor Watson, *of course* —responde el hombre peinándose los bigotes.

—¿Watson? ¿El ayudante de Sherlock Holmes? —pregunta sorprendida Inés.

—*Well, well...* Ayudante, lo que se dice ayudante... Si no fuera por mí, el bueno de Holmes no resolvería ni un caso, je, je.

—Pero... ¿Qué hace usted aquí? —dice a su vez, un poco atur-
dido por la situación, Tekendo—. ¿De dónde viene? ¿Cómo ha
venido? ¿Por qué nos busca? Y... Y... *Oh my God*, ¿qué hace usted
aquí?

—Calma, muchacho. La pregunta no es de dónde vengo, sino
de cuándo. Este aparato que veis —explica Watson apeándose del
extraño artefacto— es una máquina del tiempo que me ha pres-
tado mi amigo el profesor Wells. He viajado mucho por todas las
eras buscando a alguien que pudiera ayudarme... y así he dado con
vosotros: el Equipo Tekendo.

—¿Y CUÁL ES EL PROBLEMA?

—pregunta entonces Laia.

—Ah, yes. Es cierto, qué cabeza la mía. Iré al grano: mi querido
amigo Sherlock Holmes ha desaparecido. Temo que haya sido se-
cuestrado y, en todo caso, no soy capaz de dar con él.

—¿Pero no dice que es usted el que resuelve los casos? —co-
menta David, al que le hace mucha gracia la pinta del doctor.

—**ESTO...** —Watson se limita a encoger los hombros—
¿Podéis ayudarme, *please*?

—Pues... —empieza a decir Tekendo, rascándose la cabeza
mientras busca las palabras correctas—. Madre mía... Pero ¿cómo
le podemos ayudar? ¡Sobre todo teniendo en cuenta que usted y su
amigo son personajes de ficción!

Al escuchar estas palabras, el doctor Watson arruga el entre-
cejo:

—¿De ficción? *Nonsense*. Estoy aquí, ¿no?

—De eso no cabe duda —observa Jorge.





¡CRUNCH!
¡CRUNCH!

—¿Qué significa «ficción»? —pregunta Marcelo mientras mordisquea la hierba del jardín.

—Que es imaginario.

—Ah, pues como yo, un pequeño unicornio de otro planeta, ¿no?

—Esto... Hombre, visto así... Vale, vale, chicos... ¿Qué opináis los demás?

La pregunta de Tekendo flota en el aire durante unos segundos. El doctor Watson parece un buen tipo y sigue allí, parado, esperando la respuesta con cara de ansiedad. Sin duda se siente muy preocupado por la misteriosa desaparición de su viejo amigo. David es el primero en contestar:

—**¡VAMOS!** ¡Puede ser una aventura increíble!

—Y viajar en el tiempo será una gran experiencia científica —añadió Jorge.

—Por mí, vale; me encantaría visitar la Inglaterra del siglo XIX —comenta Inés.

—Ya hay mayoría —indica Tekendo, al que la perspectiva de esta aventura tan peculiar no deja de atraerle.

—¿Qué es Inglaterra? —pregunta Marcelo. Es su forma de señalar que él también quiere ir.

—Pero ¿vamos a ir así vestidos? —pregunta entonces Laia.

Todos se miran. Están todos en bañador. Watson se apresura a responder:

—**¡JA, JA**, sin duda no van vestidos para una visita al palacio de Buckingham! Pero no se preocupen, amigos: dispongo



de ropa adecuada para todos. Sin duda sería bastante escandaloso que los vieran así por nuestra famosa plaza de Piccadilly, en pleno centro. —El doctor sonrío.

—Vale, me encantará vestir ropa de época —dice Laia con una gran sonrisa.

En resumen, todos están entusiasmados ante la posibilidad de romper la monotonía del verano con una buena aventura. El único problema es que la máquina del tiempo resulta un poco pequeña. Vamos, que está pensada para un único tripulante.

—¿VAMOS A CABER LOS SIETE?

—pregunta Inés.

—*Of course*, solo hay que apretarse un poco.

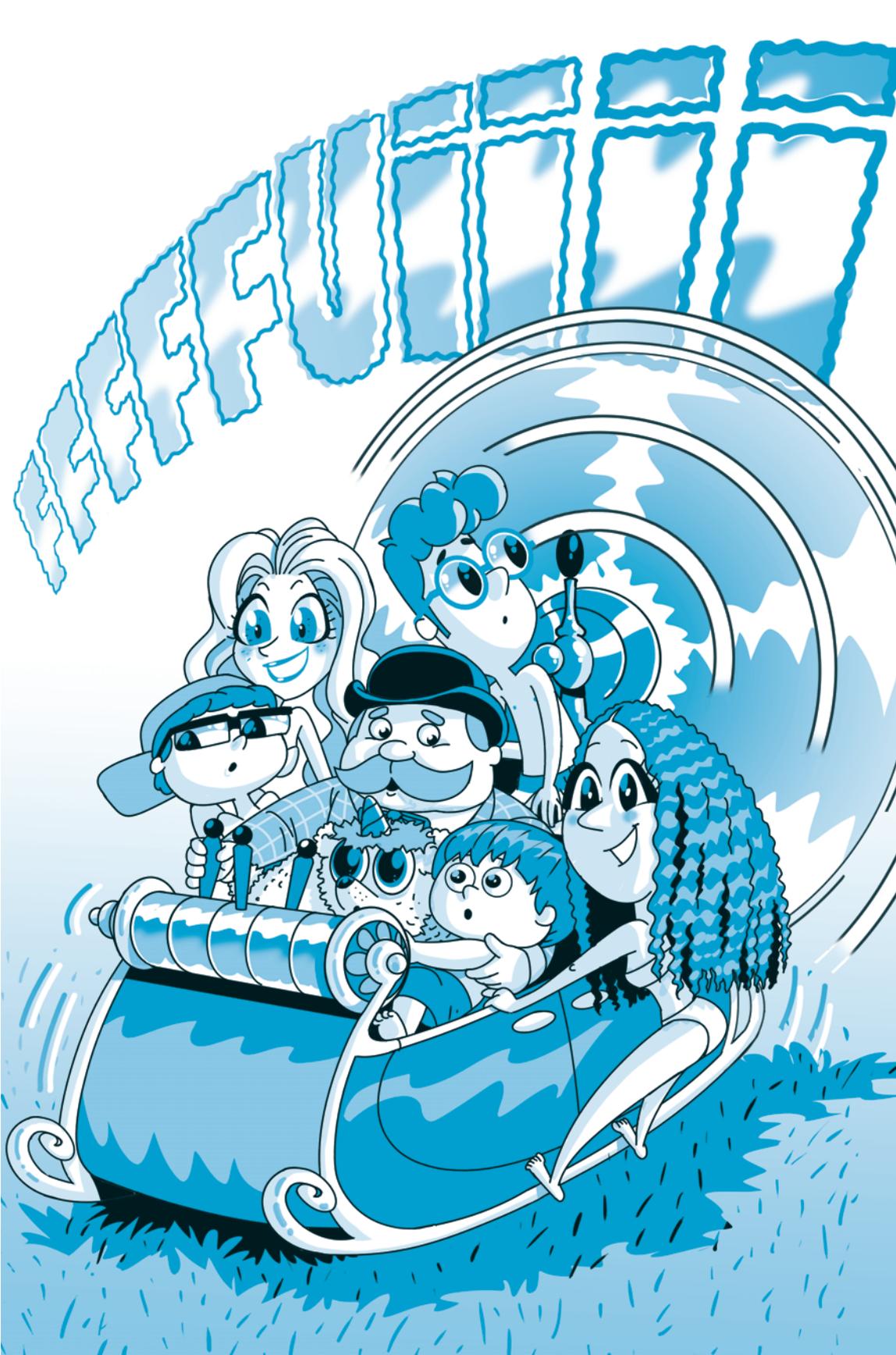
Apretados van a ir. Holmes ocupa el asiento del piloto, el único, en realidad, con Jorge, David y Marcelo sobre las rodillas. A los lados del puesto de pilotaje, Inés y Laia van de pie, agarradas a los brazos de la silla. Y Tekendo... Bueno, se acomoda como puede en la parte trasera de la máquina:

—Doctor, ¿nos asegura que no habrá peligro? —pregunta Tekendo un segundo antes de arrancar.

—*Of course...* no.

—¿Que no hay peligro o que no nos lo asegura?

La pregunta de Tekendo no obtiene respuesta: el doctor Watson empuja la palanca de puesta en marcha, se produce un breve relámpago y de pronto todo comienza a tomar un aspecto muy raro. Es como si la realidad hubiera comenzado a moverse marcha atrás. Pueden ver el sol saliendo por el oeste y poniéndose por el este, los pájaros volando de espaldas, la lluvia cayendo hacia arriba... El doctor aprieta un poco más la palanca y el retroceso tem-





poral se acelera. Las imágenes se vuelven cada vez más difusas al tiempo que el aparato se pone a vibrar y a sacudirse con una gran violencia.

—Es normal, *don't worry*.

—**¡QUÉ MAREO!** —dice el pobre Marcelo—. Todo me da vueltas... ¡Aaaayyyy!

—¡Cuidado! ¡Pero agarradlo! —protesta Tekendo viendo que Marcelo está a punto de caer fuera de la máquina.

—Yo no puedo —explica Watson—. Tengo que sujetar los mandos.

—A nosotras no nos mires —dice Inés, que, al igual que Laia, a duras penas logra mantenerse sujeta al brazo del asiento.

—Yo me encargo —dice, cómo no, el siempre valiente David.

Pero para hacerlo tiene que soltarse de la chaqueta de Watson, que era su único punto de sujeción. Y lo hace justo en el momento en el que la máquina sufre una de las sacudidas más fuertes.

—Ya lo tengo. Ah, no... ¡Que me caigo! —grita David mientras agarra con las dos manos a Marcelo.

Jorge, rápido de reflejos, se lanza a sujetar a su hermano. Pero al hacerlo deja de agarrarse a Watson, así que en apenas un segundo la situación ha pasado de la posibilidad de que Marcelo se caiga a perder, de una sola vez, también a Jorge y a David.

El abismo del tiempo, que se extiende alrededor de la máquina, es una masa amorfa y un poco siniestra. Tekendo, viendo a sus primos en peligro, se lanza hacia adelante justo a tiempo para agarrar a Jorge por la cinturilla del bañador. El impulso es tan potente que la máquina se desestabiliza por un instante, pero, por suerte, los #Tekendosocks le mantienen pegado al suelo.

—¡Eh, que se me va a ver todo! —protesta Jorge notando cómo el tirón le baja el bañador.

Un poco indecoroso, pero es la única manera de evitar que el pequeño genio caiga al vacío temporal. Y también David, al que sujeta Jorge. Y por supuesto Marcelo, al que sujet... Un momento.

—**¿DÓNDE ESTÁ MARCELO?** —pregunta de pronto Tekendo.

—¡Se me ha escapado de las manos! —contesta David, medio llorando por la angustia—. ¡Es que has tirado muy fuerte!

—¡Doctor Watson, hay que detener la máquina inmediatamente!

—**YA, YA,** estoy en ello, muchacho. Lo he visto todo. Por suerte, este fantástico aparato lleva incorporado un detector infalible. Vuestro pequeño unicornio ha aterrizado... Vamos a ver... *Perfect!* —Watson gira un par de llaves y reduce la velocidad con la palanca principal—. ¡Aquí tiene que estar! Señores, París, 1789.

La máquina del tiempo se detiene con una sacudida y, de pronto, todo se llena de luz. Ante los asombrados viajeros se extiende un amplio arenal amarillo. Al fondo, unos obreros se afanan en mover piedras enormes. Un poco más lejos se levantan los primeros escalones de una gigantesca pirámide. Y allí, justo delante de ellos, Marcelo... Acompañado del faraón Keops, su corte, su guardia personal y, en fin, medio Egipto de hace cinco mil años.

—**SÍ, JUSTO:
PARÍS, 1789** —dice Tekendo sacudiendo la cabeza.



